

Una noche en Belén – Encarnación

Walter Thomas Prideaux WOLSTON

biblicom.org

Las escenas nocturnas de la Escritura son sumamente interesantes, pero la que tenemos ante nosotros, esa noche, apenas necesito decirlo, debe superar y exceder a todas las demás en interés; y por esta razón, porque está relacionada con el nacimiento del Hijo de Dios en el mundo de los hombres para la gloria de Dios, y la bendición y redención del hombre. Había llegado el momento en la historia de esta escena de la que dice el apóstol Pablo: «Cuando llegó la plenitud del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para redimir a los que estaban bajo la ley, para que recibiésemos la adopción de hijos» (Gál. 4:4-5). Piénsalo: ¡el Hijo es enviado para ganar hijos! Es maravilloso.

Ahora bien, se podría preguntar: ¿Qué se entiende por «la plenitud del tiempo»? Bueno, es claramente el momento en que la libertad condicional del hombre ha terminado. El primer hombre había tenido un juicio justo, pleno y completo. Probado en la inocencia, había caído y se había hecho culpable; probado sin ley, era anárquico; probado bajo la ley, la había quebrantado. A Dios le quedaba un recurso –el pensamiento secreto de su corazón desde la eternidad– que era enviar a esta escena a su propio Hijo; su propio Hijo amado se hizo hombre, para que, como hombre, pudiera bendecir y redimir al hombre, al hombre caído, y llevarlo a Dios. El hombre, con todo su aprendizaje, todas sus invenciones, todas sus búsquedas, no había encontrado a Dios. Había perdido a Dios por la caída, fruto del pecado, y nunca lo volvió a encontrar. Ni siquiera la ley se ajustaba a su caso, porque la ley no era la revelación de Dios. La ley era la declaración de lo que el hombre debía ser, no la revelación de lo que Dios es.

Podéis daros la vuelta y decirme: ¿Pero no conoció el hombre a Dios en la creación? Hasta cierto punto claramente, y por lo tanto no tiene excusa, como dice el apóstol en [Romanos 1:20](#). Su poder eterno y su divinidad son conocidos seguramente por la creación, pero eso no es lo que él mismo es. «Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos» (Sal. 19:1); pero eso no es él mismo, eso no es Dios. Podría mostrarte un día en cierto edificio un hermoso cuadro, y al pararte ante él con admiración excluirías: ¡Qué artista tan maravilloso! ¡Qué concepción, qué poder artístico, qué destreza con el pincel, qué toque que produjo tal cuadro! Me doy la vuelta y te muestro una exquisita pieza de escultura que salió de la misma mano, mostrando que podía utilizar el cincel tanto como el pincel. Y de nuevo exclamáis: ¡Qué hombre tan maravilloso! Sí, digo, pero bebe como un pez, mata de hambre a sus hijos, pega a su mujer, su vida es un escándalo para todo el barrio. A pesar de sus cuadros y su escultura, su carácter moral es de lo peor. Así que, como ves, no se aprende del hombre por sus obras.

Tampoco se puede conocer plenamente a Dios por sus obras. «Nadie ha visto jamás a Dios; el Hijo único, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer» (Juan 1:18). Si hay un hombre aquí que supone que puede aprender a conocer a Dios aparte del Bendito de cuyo nacimiento hemos estado leyendo, créalo, amigo mío, está profundamente equivocado. No se puede conocer a Dios sino en la persona de este Bendito, que el segundo capítulo de Lucas nos presenta como el Niño de Belén.

Veán ahora qué hermosas son las circunstancias relacionadas con la introducción del Salvador en el mundo. Lucas 1 nos cuenta cómo el ángel Gabriel visita a María en Nazaret. La saluda, y ella se inquieta por el saludo; pero la molestia momentánea producida por esta clara visita de Dios es desterrada por las palabras del ángel: «¡No temas, María, porque has hallado gracia ante Dios!», y luego sigue el mensaje: «He aquí que concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre **Jesús**». Fue una revelación para ella. Y permítanme decirles, amados amigos que, si alguna vez se convierten y se salvan, tendrán una revelación también: será una revelación de Dios sobre su estado; y si no la tienen todavía, que Dios se la dé ahora.

Bueno, María recibe esta revelación de que tendrá un Hijo, y lo llamará Jesús. Ustedes conocen el significado de ese nombre: Jehová el Salvador. Pero, además, se entera de lo que va a ser este Hijo: «Será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de su padre David». Será el heredero del trono judío. Pero más que eso: «Reinará sobre la casa de Jacob eternamente; y su reino no tendrá fin». ¡Qué sorpresa para su alma! Iba a tener un Hijo que reinaría sobre la casa de Jacob para siempre. Ella iba a estar conectada de esta manera con Uno –un Hombre en este mundo– que, siendo su verdadero hijo, era sin embargo el Hijo del Altísimo, e iba a tener un Reino que no tendría fin. ¡Maravillosa revelación! Y no me sorprende en absoluto que, en su piadosa ignorancia, María se pregunte: «¿Cómo será esto, ya que no conozco varón?». Dios le da una respuesta a través del ángel: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también la santa Criatura que nacerá, será llamada Hijo de Dios». Nunca una mujer en este mundo, y nunca más una mujer en este mundo, tuvo una revelación como la que aquí se le da a María. Pero, aunque fue maravilloso que la recibiera, entendamos claramente que la revelación que recibió no era solo para ella: nos concernía a ti y a mí, como nos mostrará inmediatamente el capítulo siguiente. La respuesta de María es muy hermosa: recibió la revelación con simple fe: «He aquí la sierva del Señor; que se cumpla en mí conforme a tu palabra. Y el ángel la dejó».

Ahora bien, si pasamos por un momento al Evangelio de Mateo, encontraremos allí otra escena muy interesante en relación con el nacimiento del Salvador, porque

allí se nos presenta a José, el supuesto padre de Jesús, como dirían los hombres, y encontramos que el Espíritu Santo nos dice allí (Mat. 1:18): «El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: Estando desposada su madre María con José, antes que se unieran, se halló que estaba encinta del Espíritu Santo». Se había producido esta maravillosa concepción. Fue, por supuesto, un milagro: fue la intervención directa de Dios, no solo para mostrar su propia gloria, sino para llevar a cabo su propósito y su pensamiento, y para que hubiera en esta escena Uno, y el único, que pudiera satisfacer la necesidad del hombre, y el estado del hombre como pecador. Él iba a estar aquí no solo para revelar a Dios al hombre, sino para llevar al hombre a Dios. Por lo tanto, su misión se expone aquí en un lenguaje breve y conciso.

Pero primero observe la conducta de José. Siendo un hombre justo, y no queriendo hacer de su esposa un ejemplo público, se propuso repudiarla en privado. Hay que tener en cuenta que José y María llevaban mucho tiempo desposados, y, según la ley judía, si dos estaban desposados, cualquier fruto que viniera por naturaleza se consideraba como su descendencia mutua. Por lo tanto, José llegó a la conclusión de que sería considerado el padre de este niño no nacido. Sin embargo, no fue apresurado ni precipitado. No tenía la naturaleza celosa de la que muchos hombres se jactan, y no actuó con esa temeridad que otros incluso admirarían en tales circunstancias. Es bueno pensar bien las cosas cuando una dificultad se cruza en tu camino.

«Mientras él pensaba en esto, he aquí un ángel del Señor le apareció en sueños, diciendo: José, hijo de David, no temas recibir a María por esposa; porque lo que en ella es engendrado es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo; y lo llamarás **Jesús**; porque él salvará a su pueblo de sus pecados» (v. 20-21). Observa la diferencia entre el mensaje a María y el mensaje a José. La madre de Jesús se entera de su grandeza: Que iba a ser llamado Hijo del Altísimo, que tendría el trono de David, que reinaría sobre la casa de Jacob para siempre. El supuesto padre de Jesús oye que va a ser un Salvador. ¿Y no sabía José que necesitaba un Salvador? Sí, lo sabía. Y además María lo sabía también, pues en ese mismo primer capítulo de Lucas dice: «Mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador» (v. 47). Qué dulce es que, antes de que el niño naciera, Dios le diera este nombre: «**Jesús**», Jehová el Salvador. ¡Bendita noticia para los pecadores! Encantador nombre: ningún otro tan dulce. ¿No amas el nombre de Jesús? Gracias a Dios, sí. ¿No responde tu corazón al escuchar ese nombre? Ha sido el lugar de descanso de miríadas de almas angustiadas en días pasados, y puede dar descanso a todas ellas hoy. Todo otro nombre perecerá: el nombre del hombre más poderoso que jamás haya aparecido en este mundo pasará, pero el nombre de Jesús perdurará para siempre.

Los enemigos del Señor dijeron: «¿Cuándo morirá, y perecerá su nombre?» (Sal. 41:5). ¿Qué dice Dios? «Haré perpetua la memoria de tu nombre en todas las generaciones, Por lo cual te alabarán los pueblos eternamente y para siempre» (Sal. 45:17). «Todo esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta, que dijo: Mira, la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y será llamado Emanuel, que traducido significa Dios con nosotros» (Mat. 1:22-23). Así aprendemos dos cosas. El nombre Jesús, dado a este niño no nacido, habla de que es el Salvador, y además su nacimiento fue el cumplimiento de una profecía, bien conocida por José, de que en su persona Dios iba a visitar la tierra.

Ahora pasamos a [Lucas 2](#), y vemos cómo se produjo todo esto. Hubo una profecía notable en el Antiguo Testamento, que me atrevo a decir que es familiar para la mayoría de ustedes. El profeta Miqueas había anunciado: «Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad» (Miq. 5:2). Esta escritura declaró claramente que Cristo debía nacer en Belén. No sé si os habéis fijado en el significado de la palabra, pero es muy interesante. Belén significa «Casa del pan». Y, oh, amados amigos, ¿no ha sido Belén una verdadera Casa del Pan para los pecadores hambrientos durante 20 largos siglos? Gracias a Dios, lo ha sido. De ese lugar salió el pan vivo, el pan de Dios. Esa escritura era tan conocida que cuando nació Jesús, y los sabios vinieron de Oriente a buscarlo, los escribas pudieron citar el pasaje, y decirle a Herodes que Belén iba a ser el lugar de nacimiento del Mesías (Mat. 2:5-6).

Pero, ¿cómo se iba a realizar esto, ya que José y María vivían en Nazaret, a decenas de kilómetros de Belén? ¿Cómo se iba a cumplir la Escritura? Oh, qué poco piensan los hombres que Dios está entre bastidores, y que domina tranquilamente sobre lo que ocurre en la tierra. Al emperador de Roma, César Augusto, se le ocurrió repentinamente la idea de que le gustaría conocer la extensión de su dominio y el número de sus súbditos, por lo que decidió hacer un censo. Envía, en el orgullo de su majestad imperial, un edicto para que se cuente al pueblo. Es muy natural que un rey quiera saber sobre cuánta gente reina. Pero en este caso el emperador quería saber, no solo el número, sino la nacionalidad de aquellos sobre los que reinaba; y, en consecuencia, cuando se dio la orden de realizar este censo, cada uno se dirigió a su propia ciudad. Tan absoluto fue el edicto que cada judío, sin importar dónde viviera, estaba obligado, bajo una terrible pena, a ir a su propia ciudad para ser censado.

Vea cómo Dios interviene y utiliza el orgullo de este monarca impío en Roma para cumplir las palabras de la Escritura. La Escritura siempre es verdadera. Sé que

vivimos en un día en que los hombres profesan encontrar fallas y defectos en las Escrituras. Pueden estar seguros de que las fallas y los defectos no están en la preciosa Palabra de Dios, sino en los propios hombres que la miran. Si yo le señalo a un hombre cierta cosa, y él dice que no la ve, ¿prueba eso que la cosa no está allí? No; todo lo que demuestra es que no es visible para él. Puede estar ahí, y la razón por la que no la ve es algún fallo en su propia visión. Creo que hay algo encantador en la forma en que Dios tiene su ojo en lo que ocurre en la tierra, y mueve todo en su propia forma silenciosa e invisible, para llevar a cabo sus propios propósitos benditos.

Pues bien, José subió «a la ciudad de David, que se llama Belén, en Judea, porque era de la casa y familia de David, para ser empadronado con María su esposa, la cual estaba encinta» (Lucas 2:4-5). No sé si habéis observado lo que dice el segundo versículo: «Este primer censo tuvo lugar siendo Cirenio gobernador de Siria». Por lo tanto, parece que el censo no se hizo en absoluto en ese momento; se aplazó. Aunque el emperador lo había ordenado y había puesto todo en marcha para que se realizara el censo, por razones de política no se llevó a cabo –fue contrarrestado– y no se realizó hasta 10 o 15 años después. Sin embargo, el mandamiento bastó para que se cumpliera la Palabra de Dios, y como Miqueas por el Espíritu había dicho que Cristo debía nacer en Belén, se permitió que la maquinaria del mundo se moviera y ordenara de tal manera que su madre debía viajar hasta allí para obedecer a un gobernante terrenal, y así nació allí.

Ahora mira la manera de su nacimiento: «Aconteció que, mientras ellos estaban allí, le llegó el día del parto; y dio a luz a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada». Ahora piensen en lo que hemos estado viendo con respecto a este Bendito, lo que hemos estado escuchando de la Palabra de Dios con respecto a él, lo que era en sí mismo, y lo que iba a ser, el Hijo del Altísimo, el Rey de Israel, el Príncipe de paz, el Señor de la vida, el Rey de gloria, el propio Bendito Hijo eterno de Dios. Piensa quién era y qué era, y de dónde vino y por qué vino; y luego viaja en tu mente a esa pequeña ciudad de Belén, y ve allí a ese humilde carpintero, con su esposa, excluidos de la posada donde generalmente se recibe a los viajeros, porque estaba llena, y obligados a ocupar su lugar en el establo. No había sitio para ellos en la posada, y así Jesús, el Hijo de Dios –el Hijo del hombre– nació en un establo entre el ganado.

Me atrevo a decir que alguien me dirá que eso fue una mera coincidencia; sin duda, el hecho mismo de que se levantara el censo había atraído a Belén a un gran número de personas, y José y María se retrasaron en su llegada, por lo que, al estar la posada

llena, tuvieron que buscar refugio donde pudieron. Bien, a pesar de todo, tengo la impresión de que, si José hubiera sido un gran hombre, y hubiera venido con un equipaje, enviando a un jinete delante de él, se habría encontrado sitio para él. He comprobado muchas veces que, si un hombre rico llega a una posada, se le encuentra sitio de alguna manera, por muy llena que esté. Pero piensen quién estaba aquí; el Hijo de Dios estaba a punto de nacer en este mundo, y no había lugar para él.

Dices que fue una coincidencia. Bueno, dime esto: ¿Por qué no ha habido espacio en tu corazón para Jesús todos estos años, no ha habido espacio para el Salvador hasta esta misma hora? ¡Ah!, solo significa esto; no ha habido ninguna carencia, ningún deseo de Jesús, ningún deseo de tenerlo. Pero si hasta ahora no ha habido lugar en tu corazón para el Salvador, Dios quiera que esta noche le hagas un lugar. Mi objetivo ahora no es exponer esta escritura, por muy interesante que sea, sino presentarles el hecho de que el Salvador ha venido a este mundo; y, así como en aquel día no había lugar para él en la posada, así ahora no hay lugar para él en los corazones de los hombres.

Qué escena la de [Lucas 14:15-24](#). La cena está preparada, y se manda llamar a los invitados, pero en lugar de acudir con alegría al banquete, comienzan a presentar excusas. Entonces se vuelve a enviar a los sirvientes para que traigan a los pobres, a los lisiados, a los cojos y a los ciegos; y después de haberlos traído oímos «aún hay lugar». [Lucas 2](#) nos dice que no había sitio para el Hijo de Dios –el Salvador– en la posada de este mundo; el Señor Jesús, cuando creció, y entró en su ministerio público, dice a los pecadores que hay sitio en la Casa de Dios para ellos. Si, por desgracia, no hay sitio para el Hijo de Dios en este mundo, y no hay sitio para Jesús en tu corazón, hay sitio en el corazón de Dios y en la Casa de Dios para ti. La dulce y bendita nota de la trompeta evangélica de esta noche es: «Venid, que ya está preparado», pero «aún hay sitio», y por eso os escribo aquí, para invitaros al lugar donde se celebra el banquete y donde todavía hay sitio. Pero lo que quiero es esto, que tengas espacio en tu corazón para Jesús.

Quiera Dios que te pase como a un hombre que conocí una vez en la ciudad de Chester. De camino a Dublín me detuve durante dos o tres horas, y tuve una pequeña e interesante reunión evangélica. Al terminar, mi anfitrión me dijo: “Debes salir de inmediato, o perderás el tren”. No había ningún taxi en la parada, pero un hombre en la puerta dijo: “Sé dónde se puede conseguir un taxi”. Se marchó y pronto encontró un taxi, en el que subimos los tres. Agradecí al desconocido su cortesía y le dije: “¿Estuvo usted en la reunión?”. “Sí”, respondió, “y ha sido una reunión espléndida”. “¿Tienes espacio en tu corazón para Jesús?” repliqué. “Bueno”, respondió, “nunca

había tenido espacio para Jesús hasta esta noche. El hecho es que esta noche él se hizo un lugar, no pude mantenerlo fuera por más tiempo”. ¡Hombre feliz!

Amigo, ¿qué has estado haciendo todos estos años? Manteniendo al Salvador fuera. Él ha estado llamando a tu corazón durante muchos días. Llamó muy fuerte cuando ese pariente cercano fue arrebatado de tu lado; llamó de nuevo cuando tuviste esa severa enfermedad, y apenas esperabas recuperarte, pero lo mantuviste fuera. Él llama de nuevo esta noche, y ¿vas a rechazarlo una vez más y decir: “No hay lugar, Señor, no hay lugar para ti; no hay lugar para tu amor. Mi corazón está satisfecho con el mundo, y las cosas de esta vida. No tengo tiempo para pensar en ti y en tus cosas”. ¿No hay tiempo para Jesús? Ah, ten cuidado, amigo mío, de que no te pase como a otro hombre ocupado, un hombre de inmensa energía, amante del dinero, respetable, próspero. Un lunes por la mañana, cuando empezaba a bajar a su negocio, entró un vecino y le dijo: “¿Has oído las noticias? Su amigo el Sr. Brown ha muerto, ha muerto muy repentinamente”. “Muerto”, dijo, “no tengo tiempo para morir. Estoy demasiado ocupado”. Mientras decía estas palabras, se agachó para atarse la bota y cayó muerto en el acto. La suya puede ser la próxima muerte de la que se tenga noticia.

¿No tienes espacio para Jesús? Espacio para el pecado, espacio para la locura, espacio para el placer, ¡pero no hay espacio para Cristo! Quédate, Dios te habla de nuevo esta noche. Haz espacio, deja que él tenga espacio en tu corazón esta noche.

A veces la gente piensa que para convertirse debe pasar por un proceso muy maravilloso. Ahora bien, a menudo me ha impresionado la sencillez de lo que se encuentra aquí en la Palabra. El hecho maravilloso de que el Salvador, el Señor de Gloria, ha llegado al mundo de los hombres, y nadie lo sabe. Solo Dios lo sabe. El cielo no lo sabe todavía, la tierra no lo sabe, pero Dios en su gracia comienza ahora a enviar sus buenas noticias, y es hermoso observar que las personas que recibieron primero las buenas noticias (y esto es cierto para la mayoría de las primeras conversiones al Salvador) eran hombres totalmente ocupados en sus negocios.

Ah, me gusta ver a un hombre convertido cuando su corazón está lleno del mundo. Algunas personas piensan que se volverán al Señor cuando estén cansadas del mundo, pero yo creo que es algo grandioso cuando hay un hombre lleno de los placeres y los negocios del mundo, y oye las noticias que lo hacen dar un giro, y lo hacen dejar de inmediato lo que más le envolvía, para hacer espacio para el Salvador, y entonces comenzar a seguirlo y servirlo.

Así fue con estos pastores de los que leemos aquí. Vigilaban sus rebaños por la no-

che. Salgan a esa escena iluminada por las estrellas, y vean a estos hombres ocupados cuidando sus ovejas, protegiéndolas de los lobos y de los ladrones, continuando con la aburrida rutina de la vida: ¿qué tiempo tienen para pensar en el Salvador? Pero, «Un ángel del Señor se puso junto a ellos, y la gloria del Señor brilló a su alrededor; y tuvieron gran temor» (v. 9). Ese es siempre el efecto cuando Dios comienza a tratar con un hombre. La presencia sentida de Dios se manifestó. Y eso es lo que anhelo sobre todo para esta reunión de esta noche, que Dios mismo esté con el mensaje. Me atrevo a decir que muchos de ustedes recordarán que cuando la gloria de Dios se alejó de la tierra (Ez. 10) lo hizo paso a paso, como si fuera de mala gana. Pero aquí, ¿qué encuentro? La gloria del Señor vuelve a la tierra en relación con el nacimiento del Salvador, el Hijo de Dios. El Hijo de Dios se había convertido en el Salvador del hombre, la gloria de Dios vuelve a visitar la tierra del hombre, y los ángeles se apresuran a dar la buena noticia a estos pastores en la quietud de esa noche iluminada con el brillo celestial. La luz más brillante que el hombre pudiera inventar o fabricar no sería más que un crepúsculo comparado con la brillante gloria que brilló aquella noche sobre las llanuras de Belén. No es de extrañar que aquellos hombres se sobresaltaran. «La gloria del Señor» convirtió aquella noche en día para siempre, y leemos que «tuvieron gran temor». Es una cosa bonita cuando un hombre se despierta y empieza a tener miedo. La marca de un hombre no regenerado es que el temor de Dios no está ante sus ojos, pero tan pronto como un alma se vuelve consciente de que Dios le está hablando, que Dios se está acercando a él, y se dirige a él, en ese momento esa alma comienza a tener este derecho, este santo temor. ¿Sabes lo que es el temor de Dios? Es una fuente de vida, es el principio de la sabiduría, el peldaño para toda bendición.

Pero inmediatamente después de leer que estos pastores tenían gran temor, encontramos que el ángel les dice: «¡No temáis!». En el momento en que el sentido de la presencia de Dios obra el verdadero temor de Dios en el alma, ese momento el evangelio viene y quita el temor. Por lo tanto, inmediatamente el ángel dice: «¡No temáis!, porque os traigo buenas noticias de gran gozo». Aquí está el evangelio proclamado por primera vez en las llanuras de Belén. ¿Cuáles son las buenas nuevas que van a producir gran alegría? Las noticias de Cristo. Eso siempre produce alegría tarde o temprano. Nunca conocí a un hombre que se convirtiera realmente a Dios que no recibiera una gran alegría. He conocido a muchas personas que *profesan*, sin obtener ningún gozo, pero nunca uno que realmente vino a Cristo. Recuerdo que una joven me dijo una vez: “Si viniera a Cristo, ¿no obtendría un gran gozo?”. “Sí”, le dije; “yo vine, y encontré gran gozo; ¿has venido tú?”. “He tratado de venir”, fue la respuesta. Ah, eso es algo muy diferente. El que intenta venir, no ha venido

realmente a Jesús.

Mira a Samaria cuando Felipe predicó el evangelio allí: «Había gran gozo en aquella ciudad» (Hec. 8:8). Cuando se cree en Cristo, y se recibe, siempre hay gran alegría; no podía ser de otra manera. No digo que el primer efecto del evangelio sea hacer feliz al hombre, sino más bien hacerlo desdichado. ¿Y por qué? Porque el Evangelio me habla de lo que es Dios, de su justicia, de su rectitud, de su santidad, y me dice que soy un pecador culpable, arruinado y perdido, que estoy bajo el juicio de Dios, en mi camino a la gehena, apresurándome a encontrar el juicio. ¿Haría eso feliz a un hombre? No, el primer efecto cuando un hombre se despierta, y comienza a pensar seriamente en la eternidad, es que no es feliz, sino que está angustiado. Pero les digo cuál es el efecto en el cielo cuando un pecador escucha el evangelio y se arrepiente; como dice Lucas 15, hay «gozo en el cielo». El cielo comienza a regocijarse cuando el pecador comienza a arrepentirse. Si se me permite decirlo, cuando el pecador se vuelve miserable el cielo se alegra. Cuando el evangelio llega a un hombre, y este se da cuenta de que es un pecador culpable, que no es apto para Dios, que no puede satisfacer las demandas de Dios, y que Dios es justo, y no disminuirá ni un ápice de su justicia para dejarlo escapar, el hombre comienza a hacerse miserable, y Dios comienza a regocijarse. Él sabe muy bien que el hombre que es desgraciado hoy, el hombre que se arrepiente hoy, ciertamente se regocijará mañana, así que Él se regocija. El primer efecto cuando el evangelio llega a un hombre es la ansiedad; lo hace serio; plantea la cuestión de sus pecados, y la culpa, y así surge el temor piadoso, correcto y santo. ¿Cuál es el siguiente resultado? El evangelio quita el temor: el amor perfecto de Dios echa fuera el temor, porque el temor tiene tormento. «En esto consiste el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados» (1 Juan 4:10).

Pues bien, el ángel trae estas noticias a los pastores: «¡No temáis!, porque os traigo buenas noticias de gran gozo que será para todo el pueblo; que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador que es Cristo el Señor». ¡Oh, qué revelación! ¡Un Salvador nacido, un Salvador para ti! Me regocijo con gran alegría esta noche porque tengo el privilegio de decirles que ha nacido en este mundo un Salvador. ¿Se han apropiado de él? ¿Es tuyo? ¿Crees en él? ¿Lo amas?

Admito que no está ahora en este mundo; ha vuelto al cielo; está a la derecha del Padre; pero incluso sentado a la derecha del trono del Padre, sigue siendo el Salvador. Esta noche miro hacia el trono de Dios, ¿y a quién veo? Al Salvador del que leo aquí en Lucas 2. Habiendo realizado la redención, y terminado la obra que le permite actuar como Salvador, ha subido a la diestra de Dios. Es algo maravilloso descubrir

que hay un *hombre* vivo en la gloria de Dios, Jesús, que murió y resucitó. Y, por tanto, puedo decir a cualquier pobre pecador, no importa dónde lo encuentre: Hay un Salvador en la gloria para ti, si lo quieres. No temas, alma atribulada; no temas, ansiosa: te ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor.

Luego el ángel continúa diciendo: «Esto os servirá de señal: Hallaréis a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre». ¿Cuál es el resultado? Apenas se da esta bendita noticia, «De pronto apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, alabando a Dios, y diciendo: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, y su buena voluntad para con los hombres!» (véase [Lucas 2:8-20](#)). Si los hombres no habían creído la noticia, los ángeles sí; si la tierra es indiferente, el cielo no lo es. Las huestes celestiales, por así decirlo, rompen todos los límites, y se unen a este mensajero angélico que proclamó el hecho feliz que era el cumplimiento de la primera parte de aquel maravilloso versículo de [1 Timoteo 3](#): «Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en la carne... visto de ángeles» (v. 16). Nunca lo habían visto. Las huestes celestiales bajaron a la tierra con profunda alegría. El cielo está lleno de éxtasis, ¿y por qué? Porque ahora se aclara el enigma no resuelto de 4.000 años. ¿Cómo se salvará el hombre? Por fin sube al cielo la noticia, la sorprendente noticia de que el Hijo de Dios ha bajado a la tierra, que se ha hecho hombre para morir por el hombre y liberarlo. Digo con reverencia, amados amigos, que creo que el cielo se llenó de éxtasis por la manifestación de Dios aquí abajo como el Salvador del pobre, culpable y perdido hombre. En cuanto a la tierra, era totalmente indiferente.

¡Oh, triste y solemne verdad! El cielo se movió para celebrarlo, y los hombres en la tierra, salvo estos pocos pastores, no se inmutaron. Pero, gracias a Dios, fueron impactados. Al ver la gloria del Señor brillando alrededor de ellos, y este hermoso cántico celestial cae sobre sus oídos, ¿qué efecto tiene esta maravillosa revelación sobre ellos? Se dicen unos a otros: «Vayamos hasta Belén y veamos lo que ha sucedido, que el Señor nos ha dado a conocer». Son hombres sabios, son serios, son una compañía de pecadores completamente despiertos, profundamente ansiosos, y poderosamente impresionados por las noticias que han oído. Hay un Salvador para ellos, y han aprendido dónde pueden encontrarlo. Vayamos ahora, dicen. La prudencia podría haber dicho: “No tengas prisa, mejor espera hasta la mañana, no sea que los lobos vengán a robar las ovejas”; pero la fe dijo: «Vayamos». Cuando un hombre está ansioso, no pospone el venir a Jesús, no espera hasta mañana. Y si te digo esta noche que hay un Salvador en la gloria para ti, no lo dejes para mañana. ¿Y las ovejas? ¿De qué servirían las ovejas si no encontraran al Salvador? ¿De

qué te serviría el mundo, o el oro, o los negocios, o la posición, o los placeres, si te perdieras a Cristo? «¿Qué provecho saca un hombre ganando todo el mundo, si se pierde o se destruye a sí mismo?» (Lucas 9:25).

No había ningún “si” incrédulo con estos pastores. No dijeron: “Vayamos, y veamos si esto ha sucedido”; sino: «Vayamos... y veamos lo que *ha sucedido*». Y llegaron a Belén, no con los pasos lentos y rezagados con los que algunos pecadores se acercan a Jesús. «Fueron a toda prisa». Oh, pecador, despierta ahora; has tardado demasiado en venir al Señor. Doy gracias a Dios que cuando se dio la primera predicación del evangelio en la tierra había oyentes listos, y oyentes ansiosos, y almas que se conmovieron por ella. «fueron a toda prisa, y hallaron a María y a José, y al niño acostado en el pesebre». Encontraron exactamente lo que Dios les había dicho por medio del ángel: al Salvador como un bebé acostado en un pesebre. «Cuando lo vieron, divulgaron la noticia que les habían dado acerca de este niño». Eran unos jóvenes conversos espléndidos. Creyeron en el Evangelio por sí mismos, y luego fueron a contarle a otros.

Y a continuación «Se volvieron los pastores, glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían visto y oído, así como les fue dicho». Habían oído que el Salvador había nacido, habían oído dónde se encontraba, y habían actuado según la verdad que habían oído. Y cuando habían oído, encontrado y visto, fueron y se lo contaron a todos los demás. ¿Y qué dijeron? No solo hemos oído hablar del Salvador, sino que hemos encontrado al Salvador, lo hemos visto. No había esperanza, ni temor, ni duda, ni incertidumbre. Amados amigos, si han encontrado al Salvador, vayan y hagan lo mismo. Es una cosa dulce cuando el evangelio entra en un hombre, y la mejor evidencia que tiene es esto, que él desea contarle a otros. Le gustaría que otros estuvieran tan bien como él: no puede retenerlo.

Algunos dicen que nunca hablo de estas cosas. Ah, me temo que es porque no tienen nada de qué hablar. Pero yo les digo esto: si tienen a Cristo en su corazón, encontrarán que Cristo saldrá. Ahora, queridos amigos, permítanme exhortarlos de nuevo, no pospongan el venir al Salvador. En la misma noche en que estos pastores escucharon las buenas noticias, buscaron y encontraron al Señor: no se detuvieron hasta llegar al lugar donde estaba. Lo recibieron, creyeron en él, se regocijaron y dieron gracias a Dios, y también se lo contaron a otros. No quiero que haya mejores conversos que los que tenemos en Lucas 2. Están profunda y completamente impresionados, creen en el mensaje de Dios, y no descansan hasta haber encontrado a Jesús. Ah, mi querido amigo, ¿has encontrado a Jesús? Si es así, tienes el tesoro más preciado de Dios para tu porción eterna; y si no tienes a Jesús, eres realmente pobre,

aunque seas el hombre más rico de la ciudad donde vives: eres un pecador culpable en el camino hacia un castigo eterno. Oh, hombre, quienquiera que seas, no pongas tu cabeza en tu almohada esta noche sin el Salvador; y entonces mañana, si Dios te perdona, dile a otros, he encontrado al Salvador. Esa es la manera de difundir el evangelio.

*“Encantadora es la historia del Evangelio,
La historia de amor de Jesús, Señor de gloria,
El amigo del pecador, visto aquí en la tierra;
El humilde pesebre de Belén lo albergó,
Allí los pastores confiados lo buscaron y encontraron,
Cuando la voz del ángel reveló su nacimiento.
¡Salve! ¡Salve! ¡Verbo encarnado!
“Un Salvador, Cristo el Señor”.
¡Aleluya! El Hijo de Dios, en gracia, toma aquí un lugar,
Para, una raza caída, buscar y salvar.*

*El amor perfecto marcó todo su camino,
Cuando, a través de este mundo de pecado
Y miseria, se apresuró hacia la cruz:
Allí, en gracia por los pecados, sufrió,
Como a Dios mismo se ofreció,
Nuestras almas para ganar por su propia pérdida:
El cáliz de la ira apuró,
La victoria la obtuvo,
¡Aleluya! La ola carmesí, su tumba abierta,
Lo proclaman poderoso ahora para salvar.*

*Por la gloria del Padre levantado,
Ascendido a lo alto, sentado en la gloria,
Con alegría vemos ahora a nuestro Salvador;
Rescatado por su plena redención,
A Él clamamos, con adoración,
Digno de homenaje eres tú, Señor:
En tu eterna alabanza,
aleluya, alzamos el corazón y la voz.
En ti nos jactamos, a un costo infinito,
Jesús, tú buscaste, y salvaste, a los perdidos”.*